

Manuel Alcántara,

¿Instituciones o máquinas ideológicas?

Origen, programa y organización de los partidos latinoamericanos

ICPS, Barcelona, 2004, 320 páginas.

En América Latina, el estudio de los partidos políticos ha estado concentrado en aspectos bastante distintos a los relacionados con la organización y el funcionamiento interno. El interés de los investigadores por lo que ocurre dentro de las agrupaciones es reciente. Los primeros trabajos datan de 1990 cuando diferentes politólogos comenzaron a abordar a los partidos como organizaciones, siguiendo las premisas de autores clásicos respecto a los partidos europeos y norteamericanos. En esa línea es que, a partir de 1997, Manuel Alcántara inició una investigación de carácter comparado que tenía como objetivo explorar cómo funcionaban las organizaciones partidistas de 17 países de la región.

Tras la presentación de los resultados iniciales de esa investigación, que se centró en un nivel analítico-descriptivo, el profesor continuó trabajando para intentar comprender, primero, los factores que explican las diferencias organizativas de los partidos latinoamericanos; segundo, explorar la posibilidad de construir tipologías de partidos y, tercero, incorporar a estos partidos como unidades de observación de los trabajos más amplios de la política comparada. Estos constituyen los objetivos de su último libro, donde se exponen los resultados de las investigaciones realizadas sobre 63 partidos que eran relevantes para el año 2000, seleccionados a partir de una combinación de criterios como su peso electoral, su implantación territorial y su capacidad de chantaje.

La obra se encuentra estructurada en cinco partes. Tras la introducción, se presenta la evolución de las líneas temáticas más importantes

en el estudio de los partidos durante el siglo XX y se propone un modelo analítico para la observación de sus unidades de análisis. Ese modelo está integrado por tres dimensiones que tienen un componente sistémico y uno estructural: la dimensión origen; la dimensión programa y la dimensión organizativa interna. El origen constituye una de las cuestiones centrales en el análisis de los partidos, toda vez que, como señaló Duverger, los primeros pasos de una organización dejan huella en el desarrollo organizativo posterior. El programa es un elemento que ayuda a integrar a los miembros del partido y que en un eje de formalización permite conocer el grado de coherencia interna del mismo. La organización incluye tres elementos: el liderazgo, la manera en que el partido se vincula con otras organizaciones y el modo en que se organiza. Finalmente, se presentan una serie de conclusiones respecto al funcionamiento de los partidos, acompañadas de anexos ricos en datos y análisis estadísticos, en los que se exponen el material empírico que sostiene la argumentación teórica y los resultados de la investigación.

En relación a la primera dimensión, se sostiene que entre los partidos latinoamericanos se encuentran algunos que nacieron en el mismo momento que los europeos del siglo XIX. Es más, la mitad de los partidos relevantes en la década de 1990 se crearon hace más de un cuarto de siglo. Muchos debieron superar incluso períodos de clandestinidad, autoritarismo y violencia política, lo cual supuso un reto mayor al de vivir en democracia. Otros han supuesto la inclusión de grupos sociales que hasta antes de su creación estaban excluidos del juego político. Pero la mayoría surgió como consecuencia del reto electoral. Si bien hubo partidos de corte revolucionario o producto de situaciones de protesta contra dictaduras, la mayor parte de ellos nacieron para competir en las elecciones.

Respecto a la segunda dimensión, los partidos cuentan con programas más o menos

estructurados, conocidos y valorados por sus miembros y posicionados en tres grandes ejes: la política económica, en cuanto al eje neoliberalismo-estatismo; el posicionamiento de los miembros en relación a la diferencia entre conservadurismo y progresismo y, finalmente, con relación al ámbito internacional, la proclividad hacia la integración regional y la globalización. La investigación consigue mostrar cómo la competencia intrapartidista se estructura en torno a estas tres cuestiones, que tienen una importante relación con la posición en el eje izquierda-derecha. Salvo Paraguay, donde los partidos se ubican en el mismo espacio, el resto de los casos muestran el alto grado de competencia y altos niveles de polarización (Argentina, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Uruguay).

En cuanto a la última dimensión, la mayoría de los partidos cuentan con recursos materiales y humanos para llevar a cabo sus metas, se encuentran asentados en gran parte del territorio nacional a partir de oficinas propias (o de sus dirigentes) y realizan de manera más o menos regular algún tipo de actividad organizativa, fundamentalmente en época electoral. Aún cuando es cierto que hay casos en los que no existe ningún tipo de organización; hay un grupo significativo donde el grado de estructuración organizativa es alto. En algunos de estos casos simplemente porque muchos de esos recursos son informales. Algunas organizaciones subsisten porque son sus candidatos, con sus recursos, los que llevan a cabo las tareas básicas de la competencia electoral. Estos recursos son los que normalmente no se ven (no están escritos) pero también son los que desmienten la visión de estructuras partidistas débiles.

Finalmente, el autor despeja una de las dudas centrales que da origen al título de la obra, esto es, si los partidos son instituciones políticas o, simplemente, máquinas electorales que sirven de instrumento para los intereses de un líder carismático y/o una camarilla

de turno. Alcántara sostiene que en el universo de partidos latinoamericanos pueden encontrarse ejemplos de ambas categorías y que estas pueden ubicarse en un continuo de mayor a menor institucionalización. En cualquier caso, aunque funcionen como instituciones o como máquinas electorales, lo más relevante es que la ideología juega un papel central, toda vez que supone valores que dan sentido a la política, motiva la acción y ayuda a los electores a discriminar a unos partidos de otros. Este es un aporte clave de la investigación, ya que gran parte de la literatura ha desestimado su vigencia. La ideología y la organización importan. Y eso es algo que todos aquellos que estudian el comportamiento de los partidos latinoamericanos no pueden (ni deben) ignorar.

Flavia Freidenberg
Universidad de Salamanca

* flavia@usal.es



Perla Petrich, editora

Identités: Positionnements des groupes indiens en Amérique Latine,

Les Cahiers ALHIM, Amérique Latine Histoire et Mémoire, 2004, Université Paris 8.

Texto completo disponible en: <http://alhim.revues.org/sommaire351.html> (artículos en español y francés)

Este libro recoge quince artículos sobre la cuestión indígena en América Latina, recopilados y presentados por Perla Petrich de la Universidad de Paris 8. Los artículos abordan el tema de las identidades tanto del Área Andina como de Centroamérica y el Cono Sur. Dadas las limitaciones de espacio, me limitaré a comentar únicamente tres artículos que se refieren a la construcción de la identidad étnica. Estos son: “El giro histórico de la cuestión indígena en América Latina” de Yvon Le Bot, “Indios, quechuas o campesinos? A propósito de las comunidades quechuahablantes de los Andes sur peruanos” de Valérie Robin y “El mundo al revés: sobre ladinos que quieren ser mayas en Guatemala”

de Julián López García. Por supuesto, es una pequeña muestra de la diversidad de enfoques que tiene el libro y de la riqueza del análisis sobre la identidad indígena (desde el territorio, la cultura, la lengua y la historia).

A pesar de la diferencia de temáticas abordadas, los autores plantean como punto de entrada la importancia de los movimientos indígenas en su proceso de transformación en movimientos sociales, sin abandonar los proyectos culturales. La mayoría de los movimientos indígenas se hacen visibles en la escena política nacional en las dos últimas décadas del siglo XX y parten de reivindicaciones sociales para poco a poco ir asumiendo las étnico-culturales. Ivon Le Bot señala que este paso a la política no siempre ha sido exitoso para los movimientos indígenas (por ejemplo, el caso de la crisis del katarismo boliviano) y que tampoco hay que dejarse llevar por cierta especie de “ilusionismo democrático” por el cual lo que plantean los líderes e intelectuales indígenas es lo que piensan y quieren las bases. Es más, nos advierte de los peligros de los planteamientos radicales de ciertos intelectuales indianistas que “se aíslan en un discurso antioccidental etéreo y delirante” (p.29), al igual que el comportamiento de ciertas elites indígenas educadas que “acaparan el poder local y se transforman en nuevos caciques” (p.31).

No obstante estas limitaciones, el autor acepta que la acción política de los movimientos indígenas es democrática en tanto busca construir una sociedad civil en donde se recojan las demandas sociales, étnicas y culturales en una alianza con otros sectores sociales y no en la ruptura o bloqueo de la sociedad nacional. Entre líneas, el autor señala que la consolidación de los derechos étnicos y culturales no puede realizarse en un contexto de aislamiento social, sino en uno de alianzas con otros sectores sociales no indios; la identidad indígena debería ser parte de la identidad nacional.

En el caso del Perú, el abordaje de la cuestión indígena siempre ha sido problemático. Al introducir la definición homogenizante de “campesino” para el productor rural sea indio o no, se ha producido una identificación diferente de lo étnico que no necesariamente pasa por la dimensión indígena. Valérie Robin hace un análisis histórico de la emergencia del término “campesino” y el abandono del término “indígena”. La importancia de la reforma agraria impulsada por Velasco Alvarado a fines de la década del 60 y la substitución de la comunidad indígena por la comunidad campesina, respondería a una demanda ciudadana de los indígenas para eliminar la discriminación social que existía bajo el régimen de hacienda. “Este apelativo de campesino parece cerrar la época donde los términos indígena o indio señalaban una relación de subordinación frente a los miembros de la oligarquía latifundista y marcaban su exclusión de la sociedad nacional” (p. 39). En el imaginario de los indios peruanos, el término indio es un término degradante, por ello prefieren el de campesino, que en cambio es degradante para los actuales propietarios de haciendas modernas.

La identidad india, según Robin, no se concentra en el uso del quechua o del idioma nativo, pues en los Andes del sur casi toda la población urbana y rural conoce y utiliza este idioma. En realidad, señala este autor, el quechua señala específicamente una lengua que no es base para plantear la existencia de una etnia quechua. A pesar de los intentos de las elites urbanas por reivindicar la existencia de una Nación Quechua, “esta referencia exógena no tiene sentido para la población interesada y solo las personas exteriores a la comunidad campesina aparecen eventualmente como los portadores de una tal identidad quechua” (p.41). Afirmación que no deja de sorprender sobre todo en un contexto como el ecuatoriano, en donde muy fácilmente se ha pasado sin mayor discusión del idioma a la identidad étnica.

Robin termina señalando muy acertadamente que es en la comunidad en donde se estaría fraguando los rasgos más importantes de la identidad: el territorio comunitario, la memoria social sobre el territorio, los sitios arqueológicos, la importancia simbólica, las fiestas, etc. La identidad no es una cosa dada, cosificada, sino que es el fruto de “producciones históricas complejas y en perpetua evolución” (p.43).

Las identidades étnicas no siempre se recrean en el contexto de comunidades cerradas y reacias al cambio. El interesante estudio sobre los indios mayas de Guatemala, parece señalar nuevas pistas de interpretación. El gusto por la apertura y el cambio parece ser la explicación de modelos familiares inestables, alta movilidad espacial, alta volatilidad política e inestabilidad religiosa. López García plantea que incluso la identidad étnica podría ser un lastre más que un beneficio para los mayas “ch’ortis” de Guatemala a quienes les gusta siempre “andar probando” en casi todos los ámbitos de la vida familiar y comunal. Esta actitud existencial de los mayas les lleva a experimentar incluso su transformación en ladinos, sin perder su propia identidad. El autor señala con mucha certeza que habría que considerar “la identidad no en términos esenciales sino relacionales, no en términos absolutamente férreos sino como una realidad absolutamente dinámica: sometida no sólo a reconstrucciones parciales y continuas debidas a procesos históricos sino también a negociaciones y reinversiones protagonizadas por pequeños grupos e incluso por individuos” (p 161-162).

López García se encontró en su trabajo de campo con un campesino ladino que le preguntó “¿Qué tenemos que hacer para ser mayas?”. Pregunta que implicaba no sólo el hecho de que los mayas habían adquirido un mayor reconocimiento social y político sino el hecho de que ser ladino pobre significaba estar en lo más bajo de la escala social. Como

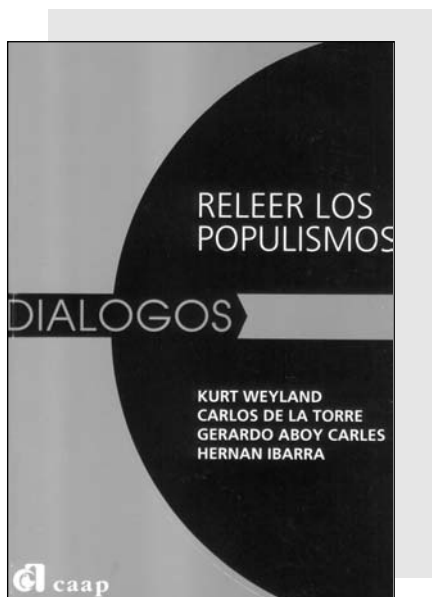
lo puntualiza muy bien el autor: “el campesino ladino de los Vados adivina que por el camino que van las cosas ellos, los ladinos pobres podrían ser los únicos indios de Guatemala. Y por el camino que van las cosas ellos prefieren ser mayas antes que ladinos-indios” (p.162).

En fin, un libro sugerente que lleva al lector por los vericuetos sorprendentes de lo “étnico” en América Latina, que no se adapta a definiciones esencialistas ni a formalizaciones doctas. Las identidades étnicas necesariamente deben ser contextualizadas en las múltiples sociedades latinoamericanas y responden a un diálogo que empieza tomar una característica nueva, pues ya no se da en el plano de la subordinación sino en el de la revalorización de lo indígena como producto de nuevos posicionamientos tanto en el campo económico como en el político y cultural.

Para el caso ecuatoriano, y en especial para los intelectuales indígenas, la lectura de este libro aportaría a una renovación del discurso identitario, en la medida en que en la política moderna se acude fácilmente a visiones culturalistas y esencialistas que pueden gene-

rar reacciones aislacionistas muy peligrosas para el futuro del movimiento indígena. La mayoría de los estudios presentados en este volumen cuestionan la definición de una identidad substancial que no se ha modificado desde la conquista pues, en realidad, lo que existe son manifestaciones plurales, heterogeneidades antes que homogeneidades. Como bien señala Perla Petrich, la identidad debe entenderse como proceso, lo que significa “adaptaciones, reajustes e incluso cambios definitivos” (p.14). Para el caso ecuatoriano este planteamiento es importante en la medida en que la identidad indígena sobre todo en la Sierra ha sufrido influencias y modificaciones debido a la cercanía del “hinterland” urbano y de la economía de mercado. Esto se puede observar sin necesidad de ser antropólogo en las manifestaciones diversas de la cultura juvenil de las comunidades indígenas, un tema poco analizado pero fundamental para entender qué significa ser indio en el siglo XXI.

Luciano Martínez Valle
Profesor –Investigador de FLACSO



Kurt Weyland, Carlos de la Torre,
Gerardo Aboy, Hernán Ibarra,
Releer los populismos,
CAAP, 2004, Quito.

Un fantasma recorre América Latina, el populismo

El libro editado por el Centro Andino de Acción Popular (CAAP) viene a sumarse a la relativamente gran bibliografía sobre el populismo latinoamericano y en menor medida ecuatoriano. Pero la pregunta que surge de inmediato es qué puede aportar esta compilación al debate sobre un fenómeno que acaparado buena parte de la atención de las ciencias sociales y, más aún, cuál es su aporte frente a un concepto polisémico y hasta evanescente. Si la idea era que los textos recopilados den cuenta de la “ambigüedad” del concepto de populismo y por fin propongan una nueva caracterización que termine con el caos conceptual que es propio de dicho fenómeno, podemos afirmar que no se ha cumplido con el objetivo. Sin embargo, cabe pensar que, con excepción del artículo de Kurt Weyland, los autores no pretenden terminar con la “anarquía” y el desorden con-

ceptual del populismo, y su aporte radica más bien en los análisis concretos de las denominadas experiencias populistas y en una serie de interrogantes que esos casos generan, las mismas que en un futuro pueden dar pie a nuevas investigaciones. En su artículo, Carlos de la Torre se plantea como objetivo discutir temas que no estarían saldados en los debates clásicos sobre el populismo y que sin embargo están presentes en los nuevos trabajos sobre el tema: a) la relación entre líder y seguidores, b) los diferentes usos de la categoría “pueblo” y c) las relaciones entre populismo y democracia liberal. De la Torre cuestiona aquellas visiones basadas en las teorías de la sociedad de masas que miran a los seguidores populistas como irracionales, informales, desorganizados; propone mirar a las “masas” no sólo como actores racionales instrumentales integrados a las estructuras partidistas o como actores organizados en redes para acceder a recursos vitales, sino también “como la gente común entiende la política y por qué apoyan a los líderes neopopulistas”. Una de las características del discurso político es la construcción maniquea de pueblo versus oligarquía. Se trata de una lucha que condensa el corte étnico y clasista que atraviesa la sociedad ecuatoriana, lo cual trae algunas consecuencias: a) en un primer momento (los años cuarenta) el pueblo estaba constituido por los mestizos y cholos pobres que se enfrentaban a la aristocracia; a partir de los ochenta y sobre todo los noventa (en coincidencia con el protagonismo del movimiento indígena), el pueblo que se enfrenta a la oligarquía es redefinido, ahora esta compuesto por negros, montubios y sobre todo indígenas. b) Si “el pueblo” enfrenta a la oligarquía, el campo de batalla no sólo está en el sistema de representaciones, sino también en las calles, en las plazas, en lo simbólico, entonces, para el pueblo la democracia no se reduce a las instituciones liberales. Ahora bien, pueblo y oligarquía son constructos discursivos, por lo tanto, históricos y

cambiantes, y reflejan de alguna manera el tipo de relaciones y las luchas sociales presentes en una época determinada; constituyen estrategias para la participación política. Finalmente, De la Torre plantea un símil interesante entre los denominados nuevos y viejos populismos y las democracias delegativas (como las llama O'Donnell 1994). En ambos casos se trata de regímenes cuya legalidad y acción no se basan en las reglas democráticas.

A mi modo de ver, De la Torre deja abiertas varias pistas para futuras investigaciones, por ejemplo, cómo se construye y reconstruye la categoría de oligarquía. Si en los años cuarenta los oligarcas eran los “pelucones”, ¿quiénes son ahora los oligarcas en el discurso populista?¹ ¿Cómo los seguidores populistas perciben el mensaje del líder? ¿Cuál es la relación entre neopopulismo y democracia delegativa?

En su artículo, “El populismo en la política ecuatoriana contemporánea”, Hernán Ibarra da cuenta del debate sobre el populismo en la academia latinoamericana y ecuatoriana (por ejemplo, retoma el ya famoso debate Cueva-Quintero). Analiza el populismo velasquista, el de Concentración de Fuerzas Populares (CFP), y el populismo de Bucaram. Su trabajo tiene como punto central “situar las relaciones entre las bases sociales, el liderazgo y los discursos generados en un proceso político”. Basándose en los aportes de Laclau, el autor señala que la construcción pueblo-oligarquía que realizó Velasco Ibarra deja entrever la construcción de una nueva identidad donde el lenguaje de castas y clases se disuelve en una identidad mucho más genérica, pueblo².

Las preguntas que se plantea Ibarra abren vetas interesantes de análisis: ¿cómo los sectores medios y los grupos populares articulan un discurso que contiene al mismo tiempo

un lenguaje clasista y otro propio de una sociedad estamental? ¿En el discurso de grupos medios y sectores populares, el lenguaje clasista subsumía al lenguaje estamental (propio de una matriz colonial)? Es más, ¿qué tipo de discurso construyeron las elites?

Con respecto al CFP, Hernán Ibarra anota la carencia de estudios no sólo a nivel de este partido sino con respecto a una historia política regional. El CFP surge en un contexto de crecimiento de la economía costeña y al mismo tiempo de fortalecimiento del aparato estatal. El autor sugiere que el discurso populista llegó a la población a través de la radio-difusión. El eje del discurso del CFP era la defensa de intereses regionales, oposición al Estado central y reivindicación del “hombre de la calle”.

En cuanto al populismo de Bucaram, Hernán Ibarra muestra como el PRE, con un asentamiento local, se expande por el país gracias a la difusión de algo que podríamos denominar “cultura costeña” (creo que en realidad debería hablarse de culturas, en plural), una incorporación muy particular del discurso de la izquierda (e incluso de conceptos multiculturales), la creación de redes informales de captura del voto, la desinstitucionalización democrática, el ascenso del mercado y el declive del estado y el copamiento de la esfera política por el espectáculo y el deporte. A mi modo de ver, uno de los puntos más interesantes planteados por Ibarra es sobre

1 En el discurso bucaramista, los sindicatos y los indígenas son vistos como “ponchos dorados”; en el de Gutiérrez, son los malos políticos.

2 Una investigación que va en el mismo sentido es la desarrollada por Alexei Páez quien señala que en la década de los veinte la “clase obrera” -casi inexistente- no tenía un discurso moderno, teórico o articulado. Lo que predominaba no era un discurso proletario-marxista sino una abigarrada mezcla de concepciones milenaristas, redentistas, míticas, anarquistas, utópicas, etc. que conformaron lo que el autor ha denominado “protosocialismo”, una elaboración conceptual y discursiva en la que el discurso gremial popular se apropió de algunos elementos del discurso teórico anarquista y marxista, a los que integró con otros elementos muy diversos provenientes de la tradición y el largo plazo de la cultura (Páez 2001: 85).

cómo, durante la caída de Bucaram, se llega a un consenso implícito entre las distintas fuerzas sociales para sacarlo del poder. Lo interesante no es que fuerzas tan disímiles lleguen a un acuerdo, sino el que sus argumentos para echar a Bucaram hayan estado preñados por las categorías de honor y dignidad, propios también de una sociedad estamental. Ibarra sostiene que en una sociedad jerarquizada - como la nuestra- los conceptos de honor son funcionales a una matriz colonial de relacionamiento social. Esta es, a mi parecer, una de las pistas sobre como las elites construyen su discurso y logran la movilización popular.

Gerardo Aboy plantea, en su artículo, estudiar cómo la denominada matriz populista constituye y transforma las principales identidades políticas de Argentina. Su trabajo se centra específicamente en el radicalismo yrigoyenista y el peronismo. Después de un análisis de las distintas corrientes que estudian el populismo, el autor establece un dialogo entre la propuesta de articulación discursiva de Laclau y los aportes de Ipola- Portrantiero, en el sentido de que el populismo corresponde a una determinada fase estatal y organizativa.

La principal tesis del autor es que el populismo implica una tendencia contradictoria entre una dimensión nacional-popular de ruptura y confrontación y una dimensión nacional-estatal de desactivación de los conflictos y homogenización. Ahora bien, entre estas dos tendencias contradictorias que encierra el populismo, no existe un predominio de ninguna. Se trata de casos concretos a especificar. Lo que plantea Aboy es que la identidad, entendida como un devenir, se transforma y se muta en la doble tensión que encierra el populismo.

En el caso concreto del yrigoyenismo y del peronismo, Aboy plantea que estos movimientos establecieron su identidad y contribuyeron a formular la de la sociedad en base a dos aspiraciones antagónicas. Por un lado, englobar a la nación y encarnar la ruptura

con el orden establecido y, por otro lado, una aspiración a eliminar la conflictividad, las diferencias y sobre todo erigirse como los representantes de realidades homogéneas. En otras palabras, el populismo encarnado en el yrigoyenismo y el peronismo se debaten en una tensión entre constituirse como la representación del cambio y la del orden. Las identidades populistas se forman por lo tanto en una constante alteridad: exclusión-inclusión, ruptura-integración, orden-cambio. La fuerza del populismo esta -como lo señala el autor- “en la capacidad de gestión de aquella tensión irresoluble”. La pregunta que se deja entrever es en qué medida la formación y emergencia de oposiciones bipolares impiden la consolidación de los mecanismos de la democracia liberal representativa.

El trabajo de Kurt Weyland se ubica en una perspectiva un tanto más teórica. Propone desanclar el concepto de populismo de una matriz económica determinada, para convertirlo en un concepto “migrante” que pueda ser entendido sin necesariamente hacer referencia a una estructura económica concreta.

El autor, basándose en “guías para el análisis del concepto” de Sartori (1984) propone abandonar lo que el denomina conceptos “acumulativos” del populismo y reemplazarlos por un concepto “radial”, que convertiría a cualquier tipo específico de populismo en un subtipo disminuido.

En otras palabras, el autor anota que el concepto de populismo ha sido construido por agregación de atributos (de allí su nombre acumulativo), todos los cuales deben estar presentes para calificar a “algo” como populismo. Ahora bien, su propuesta es que para denominar a un fenómeno como populista no se debe cumplir con todos estos atributos (haciendo abstracción por el momento de cuantos y cuales), sino al menos con uno. Ello permite identificar fenómenos que aunque comparten características del populismo clásico

poseen otras que son diferentes y por lo tanto pueden ser englobadas en otras categorías como subtipos (lo radial). Al parecer, uno de los límites de esta propuesta es que sus atributos (liderazgo personalista y paternalista, coalición política heterogénea y de varias clases, proceso de movilización política más allá de las formas institucionales, ideología amorfa o ecléctica y proyecto económico de tipo clientelar) son tan generales, que cualquier régimen puede tener rasgos populistas. La pregunta que surge aquí es si estos son los atributos del populismo como concepto radial, ¿qué lo diferencia de otros regímenes (por ejemplo, de las democracias delegativas)?

Bibliografía

- O'Donnell Guillermo, 1996, "Estado democratización y ciudadanía", en *Nueva Sociedad* No. 132, Caracas.
- Páez, Alexei, 2001, *Los orígenes de la izquierda ecuatoriana*, Abya Yala, Quito.
- Sartori, Giovanni, 1984, "¿Qué es la Política?", en *La Política, lógica y método de las ciencias sociales*, F.C.E., México.

Henry Allan

Estudiante de la Maestría en Ciencias Políticas de Flacso-Ecuador



Jimmy López,
**Ecuador-Perú, Antagonismo,
negociación e intereses nacionales**
Flacso-Ecuador, 2004, Quito.

El temor a la amenaza del enfrentamiento bélico, la posibilidad de otra cesión territorial, reconocer una debilidad militar y diplomática y la deconstrucción del mito del Ecuador amazónico, patriótico, honesto y pacífico permitieron a la largo del siglo XX la elaboración de abundantes discursos políticos y jurídicos sobre el conflicto territorial con el Perú. Todos ellos marcaron la vida política y las relaciones internacionales del país. A partir de los Acuerdos de Itaramaty de 1998, Ecuador enfrenta un nuevo escenario internacional, regional y bilateral. Por una parte, su tradicional enemigo, el Perú, se convierte en su socio y, por otra, la región encara nuevos intereses y amenazas.

Ecuador-Perú: Antagonismos, negociación e intereses nacionales presenta un nuevo ángulo de análisis del conflicto: la identificación de los intereses en las agendas de seguridad de los distintos actores como Estados Unidos, Ecuador y Perú. Plantea como eje central de las negociaciones el cambio del escenario regional,

establecido por las Cumbres Presidenciales, que priorizaron temas como democracia participativa y comercio frente a los tradicionales conflictos territoriales y los nuevos objetivos de los actores domésticos de estos países.

El autor, Jimmy López, parte de la necesidad de contextualizar el conflicto territorial en el escenario internacional de la pos-guerra fría, de la interdependencia comercial personificada en el ALCA, de los débiles procesos de la integración andina y del surgimiento de una potencia estadounidense unipolar y bajo la presidencia del demócrata Bill Clinton. Si bien muestra un gran trabajo investigativo documental acerca de la política exterior de los Estados Unidos (que evidencia una reorientación en los tradicionales intereses perseguidos durante la Guerra Fría hacia el impulso de la democracia concebida como desarrollo y crecimiento económico) no parece mostrar la causalidad suficiente para considerar como un obstáculo importante para el avance de la zona de libre comercio hemisférica la presencia de una demarcación territorial irresuelta entre los dos países andinos; países caracterizados por una economía en crisis y con una oferta de productos al mercado internacional moderada.

Así, surgen varias interrogantes alrededor de la seguridad regional en el período propuesto (1993-2003) que harían mayor referencia al interés de la agenda de seguridad estadounidense y su posible relación con la resolución limítrofe. Por ejemplo, ¿cuáles eran las condiciones de comercialización de la región andina y los Estados Unidos en esta época? ¿Cuál era la relación entre certificación como mecanismo para el acceso a la Ley de Preferencias Arancelarias Andinas de los productos de ambos países y las nuevas amenazas de seguridad, el narcotráfico y el terrorismo? ¿Existe una relación entre la promoción de gobiernos estables y democráticos en ambos países, el combate al narcotráfico y terrorismo y la resolución del conflicto limítrofe?

Otro aspecto de reflexión sobre este trabajo es la recreación del escenario internacional, respecto al papel de la OEA y el de la Comunidad Andina, además de su posición enunciativa frente al conflicto, la identificación de los intereses de los otros países garantes del Protocolo de Río de Janeiro y la existencia o no de los mismos luego de la firma de los acuerdos de paz (Brasil, como potencia sudamericana con sus propios intereses, Argentina, Chile -con su propio problema limítrofe con el Perú y su supuesta alianza con Ecuador).

López describe las agendas de seguridad de ambos países jerarquizadas según la importancia de sus temas y la relación bilateral con los Estados Unidos, remarcando la distinta naturaleza de la política exterior de ambos países. Por una parte, la democracia entendida en términos de fortalecimiento del estado de derecho y del respeto a los derechos humanos, como en el caso del Perú y, por otra, la estabilidad de los gobiernos elegidos democráticamente y la eliminación de las prácticas clientelares y patrimoniales como origen de la corrupción, como en el caso de Ecuador. Así, se pone en evidencia claramente la poca importancia que Estados Unidos otorgaba al conflicto dentro de su agenda frente a la priorización del narcotráfico como un tema regional.

Resulta interesante en este trabajo la forma en que la seguridad es arista principal para las negociaciones de paz y la redimensión de la misma. Muestra de ello es la implementación de las medidas de confianza mutua que incluyen conceptos de desarrollo hasta operaciones conjuntas de desminado, la seguridad nacional alrededor de la disputa territorial como eje de la agenda de política exterior ecuatoriana y de consensos nacionales tanto en Ecuador como el Perú, la percepción de las Fuerzas Armadas de cada país y la democracia como tema prioritario de la agenda estadounidense para la región (que actúa como paraguas tanto de la corrupción, del fortaleci-

miento institucional y del ejercicio de ciudadanía representativa, los derechos humanos y el narcotráfico). Todos ellos, planteamientos que intentan establecer una teorización del proceso de negociación del conflicto mediante la identificación de actores domésticos institucionales y su coherencia dentro de la toma de decisiones del Ecuador, como actor racional en el escenario internacional. De esta premisa se desprende por qué el autor considera que la causa para la resolución de la disputa territorial se encuentra en el cambio de los intereses de los actores, ya que evidencia las negociaciones domésticas ecuatorianas entre sectores políticos, empresariales e institucionales que replantean la posición tradicional (la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro y la recuperación de los territorios perdidos) a través de una la propuesta de demarcación definitiva del territorio y su relación con procesos similares en el Perú.

Para el autor, la percepción de victoria en el Cenepa por parte de los ecuatorianos, la gestión diplomática ecuatoriana ante Washington, un Canciller de reconocida trayectoria internacional como José Ayala, la predisposición de los Estados Unidos y su representante ante la OEA, Luigi Einaudi, sus intereses de desmilitarizar la región andina, un Fu-

jimori resuelto a terminar con un lío internacional largo y costoso que le brindaba réditos políticos, los tradicionales vínculos familiares entre ambos países y las redes comerciales, son las principales causas para el cambio en los términos de la percepción del conflicto que condujeron a su resolución.

Como complemento a este ejercicio sobre la toma de decisiones, López nos presenta las principales propuestas teóricas de las relaciones internacionales para interpretar el conflicto desde las distintas ópticas, ya sea desde la seguridad y el realismo, la visión de la cooperación comercial y la interdependencia o la construcción de nuevos intereses y amenazas de la teoría crítica y la posmodernidad.

A pesar de la firma de la paz y sus negociaciones, que analiza esta publicación, el conflicto todavía continua construyendo el mito de la paz, y lo hace a partir de los 3 mil millones de dólares de cooperación internacional que nunca llegaron, de la biculturalidad de una zona aún olvidada y deprimida, de los ejes multimodales de acceso al Amazonas (que no pueden ser realizados por falta de dinero) y del libre comercio que no se ha implementado por las limitaciones de la región.

Katalina Barreiro Santana



Robert Norris

El gran ausente.

Biografía de Velasco Ibarra

Librimundi, 2004, Quito.

**Una biografía documentada,
amena e incompleta**

Uno de los personajes políticos más polémicos de la historia política ecuatoriana del siglo XX fue, sin duda, el doctor José María Velasco Ibarra. Su delirante y apasionada personalidad, su ambigua y contradictoria actuación política, su larga a la vez que precaria permanencia en el más alto escenario público -cinco veces Presidente de la República-, fueron posibles gracias al obstinado respaldo popular. La “historia de su vida” demanda el conocimiento así como la reconstrucción de los diversos contextos históricos, sociales y políticos en los que sus “presencias” y ausencias explican, en buena medida, la situación política y económica del Ecuador.

Un personaje de tal magnitud ha sido objeto de numerosos estudios sociológicos y políticos realizados en el país y fuera de él, particularmente centrados alrededor de la temática del populismo. Sin embargo, no ha exis-

tido una biografía que, enmarcada en los contextos en los que vivió y actuó, narre tanto su trayectoria política como su vida personal. Esta es precisamente la tarea que asume el académico norteamericano Robert Norris.

El autor dedicó algunos años de su vida a investigar y revisar la copiosa producción bibliográfica de Velasco Ibarra, algunos estudios académicos, la prensa nacional correspondiente a sus cuatro períodos presidenciales, las memorias, los archivos diplomáticos, las entrevistas realizadas a familiares, amigos y demás actores e interlocutores clave de la época, así como la correspondencia personal del protagonista (a la que Norris tuvo acceso gracias a la relación personal que mantuvo con Velasco).

El gran ausente se inicia con la descripción del entorno familiar; luego recoge el pensamiento político y filosófico del doctor Velasco y finalmente centra el análisis en los cuatro velasquismos. Este último análisis resalta las ausencias de Velasco que, al decir de algunos analistas, eran políticamente más rentables que sus presencias. Desafortunadamente, el quinto y último velasquismo se hallan ausentes de este trabajo, tarea en deuda para los historiadores y estudiosos ecuatorianos en miras a reconstruir la memoria histórica de este inolvidable personaje, tan empeñosamente reconstruida por Norris.

La impertinente curiosidad de Norris por la vida del doctor Velasco Ibarra le llevó a incursionar en su entorno familiar y político a fin de lograr entender -no se si a comprender- algunos de los enmarañados y contradictorios comportamientos y actuaciones del personaje. En este sentido, impresiona la probable relación de la personalidad de su padre, un hombre riguroso, autoritario e irritable, “con la forma de ser intempestiva, autoritaria y arrogante del futuro Presidente”, como apunta Carlos de la Torre en la introducción del libro. También llama la atención el contraste entre, por un lado, las penurias económicas

que vivió Velasco en su juventud, su sincera comprensión y comportamiento con los pobres y su “franciscana pobreza” personal y, por otro lado, su permanente elegancia, sombrero y su *jaquette*.

Norris realiza una investigación académica, rigurosa, prolija, sustentada y apasionada, característica identificable en la cantidad de citas y notas consignadas al final de cada capítulo y reconocidas por el mismo Velasco: “usted sabe respetar la verdad, usted ama la verdad”. Por todo esto, coincido plenamente con Carlos de la Torre respecto a que el texto de Norris es un aporte fundamental para el estudio de la historia política del Ecuador contemporáneo.

La memoria popular ha recogido y construido historietas, fábulas, leyendas y mitos que convierten al doctor Velasco en un ser sobrehumano, carismático, un personaje de ficción. Estas percepciones dificultan la reconstrucción “objetiva” de su vida, así como la profunda fogosidad y pasión con la que actuaba Velasco. En este contexto, cabe preguntar cuánto de realidad, de ficción, de emotividad y de subjetividad encierra esta biografía y, por cierto, las lecturas que se hagan de ella.

Entre los aspectos de la vida de Velasco como escritor y periodista, el biógrafo destaca las propuestas políticas y sociales de avanzada (como la de conceder el derecho de sufragio a la mujer -conseguido en 1929-) y la apología a los planteamientos transformadores de la Revolución Juliana. Se trata de planteamientos que contrastan con la práctica política autoritaria y con su cuestionable concepción respecto a la relación entre democracia y dictadura. Por ejemplo, según Velasco, la dictadura “podría ser beneficiosa si el administrador es un genio o un administrador sagaz, pero que por lo general, los dictadores son caprichosos, vanos, e ignorantes”. Ambigüedades de Velasco, apunta Norris.

De su iniciación como político, llama la atención la forma en la que fue elegido dipu-

tado. Norris recuerda que Velasco ni siquiera conoció del lanzamiento de su candidatura por lo que, durante su estadía en París, se enteró de su elección como diputado a través de un telegrama. La noticia fue una total sorpresa para Velasco. Se trató de una elección en ausencia que recibió más votos que cualquier otro candidato a diputado por Pichincha.

Durante algunos momentos de la lectura de esta biografía, da la sensación de que nos encontramos frente a una historia novelada al estilo de Tomás Eloy Martínez en esa extraordinaria novela *Santa Evita*, dedicada a restaurar la figura de Eva Perón. Parafraseando a Gabriel García Márquez en su autobiografía (*Vivir para contarla*) podríamos agregar que la vida no sólo la que uno vivió, ni sólo la que uno recuerda y cómo la recuerda, sino la que es recordada por los que se encargaron de reconstruirla.

Rodolfo Agoglia recordaba que el pasado no sería nada, se esfumaría por completo, si no hubiera alguna conciencia que lo arrancara del olvido, otorgando a los testimonios un determinado valor. El pasado, agrega, no es nada independientemente de la conciencia que lo reconstruye. Los acontecimientos o hechos ocurridos en el pasado se rescatan, adquieren sentido, a partir de los intereses del presente. Según Agoglia “el pasado es siempre instrumental a cada presente” (Agoglia 1980).

En un momento de confusión y desasosiego como el actual, en el que hemos retornado a la muletilla del populismo como una característica explicativa del comportamiento político del Presidente Gutiérrez, puede ser útil entretenerse con la lectura de esta biografía para reflexionar respecto del carácter contradictorio, ambiguo, inestable de la mayoría de los políticos ecuatorianos y en particular de su mandatario. En efecto, la capacidad de decir y contradecirse del Presidente Velasco, la intolerancia con la oposición, la desastrosa relación con la prensa a la que pretendió clausurarla por calumniosa, desorientadora, envi-

diosa, rencorosa y perversa, parecerían reproducirse casi textualmente en el gobierno del coronel Gutiérrez.

Sin embargo, el denodado intento del biógrafo por contextualizar los acontecimientos y hechos más revelantes de la vida política de Velasco no logra su objetivo, esto es, reconstruirlos y relacionarlos con la actuación política de Velasco en el ejercicio de la presidencia. Al contrario, en no pocos casos Norris cae en el anecdotario, en la descripción de -por ejemplo- “las intrigas palaciegas y los escándalos del gobierno” respecto de la anulación de su matrimonio con Ester Silva y el asesinato de Antonio Leiva, chofer presidencial, en el que se involucraron desde el primer mandatario hasta los masones (De la Torre 2004). La descripción de episodios coyunturales de buenas y malas relaciones personales, de maniobras exitosas o fracasadas, no contribuye a relacionarlas con los procesos estructurales en los que ocurrieron, es decir, en el marco de cuatro décadas de procesos estructurales del país.

Para Norris, apunta Enrique Ayala, los éxitos políticos de Velasco se deben a sus habilidades y carisma. Sus fracasos los adjudica a errores en las relaciones con otros políticos y, sobre todo, con los militares. Así, el inestable cuarto velasquismo (1960-1961) y la caída del poder son atribuidos a los errores en la elección de ministros y la traición de algunos partidarios. En realidad, dice Ayala, la raíz del hecho fue la crisis del modelo exportador y la abrupta caída de los precios y las exportaciones de banano (Ayala 2005).

Su enmarañada personalidad conjugada con la complejidad de la práctica política ecuatoriana, desbordan la capacidad de comprensión y explicación del comportamiento político del propio Velasco. Como señala Carlos de la Torre (2004:64), a la vez que admiraba y alababa a su pueblo, sentía una hostilidad racista en contra de los cholos y de los indígenas. Su concepción de la política tras-

ciende la capacidad meramente intelectual: la racionalidad -diría Velasco- requiere apoyarse en la intuición, en la genialidad del estadista. De allí que cualquier supuesto o hipótesis proyectiva de la realidad vuelva provisional a cualquier explicación.

Se destaca en Velasco, además de su capacidad retórica, su relación con el pueblo, su afán de servicio, su obsesión por ser reconocido, el carácter maniqueo de sus discursos: amigos-enemigos, velasquistas-antivelasquistas, pueblo-oligarquía. Este último recurso facilitaba -momentáneamente- su encarnación con el pueblo a la vez que la personificación del enemigo principal, la oligarquía. Todas ellas, características frecuentemente utilizadas por el populismo del que Velasco, según Norris, fue su fundador.

Es notable, asimismo, la obsesión de Velasco por la traición, su concepción trágica del mundo, el trauma de la ausencia-retorno-triunfo, su visión y comportamiento paternalista (atendía personal y semanalmente a numerosos ciudadanos en las audiencias públicas), la escritura de cartas, la llamadas telefónicas, las donaciones de dinero de su propio bolsillo. Temas, todos estos, que atraviesan su (y esta) biografía.

La capacidad de seducción del personaje profético, anclada en la promesa de un proceso de salvación, alerta a Norris para que recuerde que -para Velasco- el comportamiento humano no puede reducirse a lo netamente racional instrumental, que la intuición juega un papel trascendente al punto de enfrentar constantemente a la racionalidad. Por eso Velasco encarna al líder carismático, mesiánico, salvador, al profeta.

En suma, como bien señala Carlos de la Torre, la pretensión de Norris por “escribir un texto objetivo” no fue del todo exitosa. Al parecer “Norris se enamoró del personaje” -fenómeno bastante común en similares trabajos-. A pesar de las limitaciones y observaciones señaladas, la biografía de Velasco Ibarra

que nos relata Norris sigue siendo un aporte fundamental para el estudio de la historia política del Ecuador contemporáneo.

Lautaro Ojeda Segovia

Bibliografía

- Agoglia, Rodolfo, 1980, *Conciencia histórica y tiempo histórico*, Ed. Universidad Católica, Quito.
- De la Torre, Carlos, 2004a, “Estudio introductorio” en Robert Norris *El gran ausente. Biografía de Velasco Ibarra*, Librimundi, Quito.
- Ayala Mora, Enrique, 2005, “El gran ausente”, en *El Comercio*, 03-05-05.
- De la Torre, Carlos, 2004b, “Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo”, en Kart Weyland y otros, *Releer los populismos*, CAAP, Quito.